

Ryszard Kapuściński

Estrellas negras

Epílogo de Bogumił Jewsiewicki

Traducción del polaco de Agata Orzeszek



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Czarne gwiazdy

Agora

Varsovia, 2013

Ilustración: El Congo, Léopoldville, ante el Palacio de las Naciones
el día de la consecución de la independencia, 30 de junio de 1960.

© Ian Berry / Magnum Photos / Fotochannels

Primera edición: febrero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Agata Orzeszek, 2016

© Herederos de Ryszard Kapuściński, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2611-1

Depósito Legal: B. 516-2016

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI SOBRE «ESTRELLAS NEGRAS»

En 1962 viajé a Dar es-Salaam con el fin de abrir la primera corresponsalía polaca de prensa en África, que en aquel entonces se hallaba en pleno proceso de liberación nacional, de descolonización.

Era un gran tema de la prensa del momento, también de la polaca. Al emprender aquel viaje ya tenía algo de experiencia africana y publicados algunos textos en torno al continente. Había empezado a escribir un ciclo de reportajes sobre Nkrumah y Ghana, y sobre el Congo y Lumumba, puesto que conocía los dos países. Pero no tuve tiempo de acabarlos porque me enviaron de nuevo a África. En vista de ello, mi editorial, Czytelnik, recopiló lo que se había publicado en los periódicos y lo reunió en un volumen.

Estrellas negras se compone, pues, de mis libros inacabados sobre Nkrumah y Lumumba, dos grandes líderes del África independiente.

(<http://wyborcza.pl/kapuscinski>)

El colono

HOTEL METROPOLE

Vivo en una balsa, en un callejón de un barrio comercial de Acra. La balsa se eleva sobre unos postes hasta la altura de un primer piso y se llama Hotel Metropole. Durante la estación de las lluvias, esta rareza arquitectónica se pudre y se enmohece, y en los meses de sequía cruje y se resquebraja. Pero ¡se mantiene en pie! En el centro de la balsa hay una construcción dividida en ocho compartimentos. Son nuestras habitaciones. El resto del espacio, rodeado por una barandilla de madera tallada, lleva el nombre de terraza. Allí tenemos una mesa grande, donde comemos y cenamos, y varias pequeñas, donde nos sentamos para tomar whisky y cerveza.

En el trópico, beber es obligado. Cuando dos personas se encuentran en Europa, se saludan diciendo: «¡Hola!, ¿qué tal?» En el trópico, intercambian un saludo distinto: «¿Qué vas a tomar?» Aunque también se beba durante el día, el beber de verdad, el programático, empieza con el ocaso, pues el ocaso anuncia la noche, y la noche acecha al osado que se haya burlado del alcohol.

La noche tropical es un aliado incondicional de todas las fábricas del mundo de whisky, coñac, licores, aguar-

dientes y cervezas, y a todo aquel que no reporte beneficios a las destilerías lo combate esgrimiendo su mejor arma: el insomnio. El insomnio es siempre agotador, pero en el trópico es asesino. Torturado por el sol durante el día, exhausto por una sed nunca saciada, debilitado y martirizado, el ser humano tiene que dormir.

Debe. Pero ¿no puede!

Hace demasiado bochorno. El aire pegajoso y sofocante llena la habitación. Ni siquiera es aire, sino algodón húmedo. Respirar equivale a tragar bolas de algodón empapado en agua caliente. Insoportable. Es algo que mareta, envilece y exaspera. Pican los mosquitos, chillan los monos. El cuerpo, empapado en sudor, se vuelve pegajoso y repugnante al tacto. El tiempo se detiene, el sueño reparador no llega. ¡Oh, noche del mal! A las seis de la mañana—invariablemente a las seis, todos los días del año—sale el sol, que añade la incandescencia de sus rayos al bochorno de esta sauna sofocante y petrificada. Hay que levantarse, pero faltan las fuerzas para hacerlo. Napoleón no se ata los cordones porque dice que agacharse hasta alcanzar el zapato le supone un esfuerzo excesivo. Una noche así causa estragos en la psique. Lévi-Strauss¹ habla de «tristes trópicos». ¡Qué acertado! La persona se siente allí desvencijada como una zapatilla vieja. Apagada, desdentada, inerte. La atormentan añoranzas extrañas, nostalgias inexplicables, pesimismos lúgubres. Espera que se acabe el día, que se acabe la noche, ¡que todo se acabe de una puñetera vez!

Y, cómo no, bebe. Bebe contra la noche, contra la desesperanza, contra la inmundicia de la cloaca de su sino. Es la única batalla que es capaz de librar.

El tío Wally bebe también porque el alcohol le sienta bien a sus pulmones. Tiene tuberculosis. Flaco, respira con dificultad y jadeando. Se sienta en la terraza y grita:

«¡Papá, lo de siempre!» Papá se dirige al bar y vuelve con una botella. Las manos del tío Wally empiezan a temblar. Vierte un poco de whisky en el vaso, que completa con agua fría. Una vez apurado, se prepara el siguiente. Los ojos se le llenan de lágrimas y el cuerpo se estremece entre las sacudidas de un llanto silencioso. Está hecho una ruina, una piltrafa. Londinense, en Inglaterra trabajó como maestro albañil. La guerra lo arrastró hasta África. Y aquí se quedó. Sigue siendo albañil, sólo que se ha dado a la bebida y tiene podridos los pulmones. Ni siquiera intenta curárselos. ¿De dónde sacaría el dinero para pagar el tratamiento? Una mitad del sueldo se le va en el hotel y la otra en el whisky. No tiene nada, literalmente nada. Unas camisas hechas jirones, un único par de pantalones zurcidos y unas sandalias que dan pena. Sus compatriotas, impecablemente elegantes, renegaron de él y lo expulsaron de su círculo. Le prohibieron incluso reconocerse inglés. *Dirty lump*. ¡Sucio despojo! Cincuenta y cuatro años de vida. ¿Qué le queda? El poder beber un poco de whisky y bajar al hoyo. Así que bebe mientras espera su turno para bajar. «No te cabrees con los racistas», me dice. «Ni con los burgueses. ¿No ves que acabarás criando malvas en la misma tierra que ellos?»

Su amor por An. ¡Dios mío, llamarlo amor! An acudía cuando le faltaba dinero para el taxi. Tiempo atrás, había sido chica de Papá, y seguía exigiendo por ello pequeñas recompensas: dos chelines. Tenía la cara llena de cortes cicatrizados. Provenía de los *nankani*,² una tribu del norte donde a los recién nacidos se les desfigura el rostro. La costumbre había surgido en la época en que las tribus del sur conquistaban a las del norte para luego venderlas como esclavos a los blancos. De modo que los nortños se afeaban la frente, las mejillas y la nariz, para así convertir-

se en una mercancía invendible.³ En la lengua nankani, feo equivale a libre; son sinónimos. An tenía unos ojos rebosantes de ternura y sensualidad. Toda ella era ojos. Lanzaba hacia alguien una de sus miradas largas y felinas, y cuando sabía que lo tenía atrapado, esbozaba una sonrisa y pedía: «Dame dos chelines para el taxi.» Y el tío Wally se los daba. Siempre. Luego le servía un whisky y le sonreía mientras se le nublaba la vista. Solía decirle: «An, quédate conmigo. Dejaré de beber. Te compraré un coche.» Ella le contestaba: «¿Para qué quiero yo un coche? Prefiero hacer el amor.» Él insistía: «Vamos a hacer el amor, tú y yo.» «¿Dónde?», preguntó ella en una ocasión. Wally se levantó de la mesa y recorrió los pocos pasos que lo separaban de su habitación. Abrió la puerta y permaneció aferrado convulsivamente al picaporte. En su lóbrego cubículo no había sino una cama de hierro y una mesilla de noche. An soltó una carcajada. «¿Aquí? ¿Aquí? Mi amor tiene que vivir en los palacios. ¡En los palacios de los reyes blancos!»

Todos presenciamos la escena. Papá se acercó a An, le tocó el hombro y gruñó: «Esfúmate.» Divertida, An se alejó agitando el brazo en señal de despedida: *bye, bye*. El tío Wally volvió a la mesa. Agarró la botella, se la llevó a la boca y se puso a beber a grandes tragos. Antes de acabarla, cayó sobre la silla, derrotado. Lo llevamos a su cuchitril y lo acostamos en la sábana blanca que cubría su camastro de hierro..., sin An.

Desde aquella escena, solía decirme: «Red, tu madre es la única mujer que nunca te traicionará. No cuentes con nadie más.» Me gustaba escucharle; era todo un sabio. Una vez me dijo: «Las mantis religiosas son más honestas que nuestras mujeres. ¿Las conoces? En su mundo, el período de galanteo no dura mucho. No tardan en desposarse. Después la pareja de novios celebra la noche de bodas.

Y por la mañana la señora mantis devora al señor mantis. ¿Para qué martirizarlo toda la vida? El resultado sería el mismo. Cuanto más pronto se hacen las cosas, más honesto resulta.»

Esa nota amarga en las divagaciones del tío Wally preocupaba a Papá. Él nos tenía atados corto. Cada vez que me disponía a salir, tenía que decirle adónde iba y para qué. Si no, bronca al canto. «¡Temo por ti!», gritaba. Pero cuando el que grita es un árabe, no hay que tomárselo demasiado a pecho. Es su forma de hablar. Y Papá era árabe, libanés. Habib Zacca.⁴ Arrendaba el hotel desde hacía un año. «Después del Gran Desastre», solía decir. Y era cierto. La mala suerte lo había golpeado con saña. «¿Zacca? Zacca era millonario, ¡millonario!», exclamaba un amigo suyo. «Zacca tenía una mansión, coches, tiendas, jardines.» «Cuando se me paraba el reloj, lo tiraba por la ventana», suspiraba Papá. «Mi casa tenía las puertas siempre abiertas. Día tras día se llenaba de invitados. Come, bebe, a voluntad. ¿Y ahora? No me reconocen. Tengo que presentarme. A esos mismos que no hace tanto se atiborran bajo mi techo de carísimos manjares.» Papá llegó a Ghana hace veinte años. Empezó con una pequeña tienda de artículos textiles y logró amasar una gran fortuna, que luego perdió en un año, en las carreras. «Los caballos acabaron conmigo, Red.»

Vi su establo. Lo tenía en un palmeral en las afueras de la ciudad. Nueve caballos blancos, magníficos ejemplares de raza árabe. ¡Qué bien los conocía, cómo los apreciaba! A su mujer le levantaba la voz, pero a sus caballos los mimaba como un tierno amante. Sacó uno para enseñármelo. «El mejor caballo de toda África», dijo con desesperanza, porque su campeón tenía una llaga incurable en la cuartilla. Los demás caballos también tenían el mis-

mo tipo de llagas, y se le iban muriendo uno tras otro. Para él, era una tragedia muy superior a la pérdida de un millón. Sin caballos se veía privado de la única pasión de su vida. En los días en que no podía visitar el establo, se mostraba irascible, cualquier cosa lo sacaba de quicio. Sólo se calmaba en el palmeral, contemplando cómo el mozo de cuadra hacía desfilar ante él, uno a uno, los veloces ejemplares de raza árabe con ojos de sangre.

A su mujer, Papá nunca la llevó a ver los caballos. La trataba con brusquedad y dureza. Ella solía sentarse en un sillón, inmóvil y en silencio, mientras se fumaba un cigarrillo. Un día le pregunté: «¿Cuántos años tiene, señora?» «Veintiocho.» Veintiocho años y el pelo blanco como una paloma, palidez y arrugas. Había dado a luz a cuatro hijos. Dos vivían en el Líbano y los otros dos en Acra. Algunas veces traía a su hija, una niña enferma, afectada de cretinismo, que se daba batacazos contra el suelo, se arrastraba a cuatro patas y chillaba de forma tan inhumana que se nos helaba la sangre. Con los diez años cumplidos, no sabía andar ni hablar. Gateando, se arrastraba hasta el rincón donde estaba el gramófono, alzaba la cabeza y lanzaba miradas suplicantes. La madre ponía un disco de Dalida. En la canción se clavaba un agudísimo aullido de la niña. Estaba contenta, su rostro irradiaba felicidad. Terminado el disco, la garganta de la criatura emitía un gruñido ininteligible: pedía más música. Un espectáculo desgarrador.

La pequeña se había encariñado con Primer Ministro. Sólo él sabía sonreírle. Ella se abrazaba a sus pies, se resregaba contra sus piernas, ronroneaba. Él le acariciaba la cabeza y le daba suaves tironcitos de orejas. Lo llamábamos Primer Ministro porque se jactaba de tener contactos con muchos miembros del gobierno de Guinea. Antes, había vivido en Conakry, donde se dedicaba a comerciar

con Dios sabe qué. «Si alguno de vosotros se dispone a viajar a Guinea, sólo tiene que decírmelo. Le daré una carta para Sékou Touré», decía dándose importancia. «Es un amiguito mío. ¿Los ministros? ¡Qué ministros ni qué ocho cuartos! No merece la pena gastar saliva con tan poca cosa.» Aquí, fue derecho a hablar con Nkrumah. Pero los guardias se lo impidieron. «No saben quién soy», dijo de ellos, compasivo.

Primer Ministro mantiene conmigo una especie de compadreo. Me coge por banda y me invita a una cerveza. «Escúchame, Red», empieza, «tú que has viajado tanto por el mundo, dime, ¿en qué país podría yo montar un gran *business*? Mi *business* en Ghana es pequeño. Un *business* minúsculo.»

Contemplo el rostro sudoroso de este gordinflón, su cara de perro apaleado. ¿Qué puedo aconsejarle? Pienso para mis adentros: he aquí un hombrecillo con ambiciones de capitalista, de ningún modo un tiburón de las finanzas sino un pececillo chico, uno más del ejército de pequeños comerciantes. ¿Por qué no sugerirle alguna idea? Pondero: Birmania, Japón, Pakistán. Pero todos esos lugares ya están más que saturados. «¿La India, tal vez?», pregunta Primer Ministro. De ninguna manera, pienso, La India es muy difícil. En todos esos países se han instalado monopolios. «Demasiados monopolios», le digo, «maldito capitalismo.» Él asiente con la cabeza y repite apesadumbrado: «Maldito capitalismo.» Primer Ministro va de país en país en un intento de hacerse un sitio en el mercado, de crecer en importancia. Bajo no pocos cielos ha intentado plantar su tienda. Pero todo en vano. Un esfuerzo estéril, una lucha condenada al fracaso. «¿No existirá un país donde montar un gran *business*?», pregunta. «Me parece que no», le contesto, «al menos eso creo.»

Primer Ministro me da pena. Deambula, sopesa, pregunta. Se ha comprado un globo terráqueo, y lo recorre con el dedo, que a veces se detiene en seco. Entonces me llama. «¿Y aquí, Red?» Miro hacia el punto que señala: Filipinas. «No», le digo, «lo tienen copado los americanos.» «¿Los americanos?», busca confirmación, temeroso. «¿Sólo pequeño *business*, pues?» Abro los brazos en un gesto de impotencia. «Es lo más probable, un *business* minúsculo.» Se pone a reflexionar, y al cabo de un rato me confiesa: «Quisiera tener un gran *business*. Me gusta más que las mujeres.» «¿No te gustan las mujeres?», inquiero. «Tampoco están mal. Las mujeres más bellas se encuentran en Dakar.»

Respecto de esta materia, Primer Ministro siempre discute con el joven Khouri, hijo del Gran Khouri (libaneses todos). El joven Khouri, Nadir, es un verdadero hombre de mundo. Tiene coches esperándolo en París, Londres y Roma. También es un perfecto majadero. Nada me divierte más que una charla con él. «Ven conmigo a Australia», me propone. «No puedo, no tengo dinero», respondo. «Pues escribe a tu padre, y que te lo mande.» «Mi padre es un tacaño», le explico, «no me permite volar a mis anchas.» Nadir no conoce límite en lo que al despilfarro y la vida disoluta se refiere. Lo tiene todo. Su padre no para de atiborrarlo de dinero. El Gran Khouri adora al Khouri pequeño. El viejo vive en Nsawam, un pueblo apartado de Acra, en una casa humilde que amenaza ruina, y entre muebles modestos. El conjunto ofrece un aspecto de pobreza. Y, sin embargo, se trata de la residencia del que tal vez sea el hombre más rico de África occidental, el multimillonario Gran Khouri. Este comerciante callejero de Beirut posee capital, pero no tiene exigencias ni necesidades. Se alimenta de tortas ácimas cocidas al fuego

mientras multiplica unos beneficios que alcanzan sumas astronómicas. Es un anciano que quizá morirá este mismo año. Dueño de toda una calle de casas en Beirut, no las ha visto en su vida. Bien mirado, surrealismo puro. Gran Khouri es analfabeto. Necesita a alguien de confianza que le escriba las cartas comerciales.

Había otro hombre que también se alojaba en el Metropole. El joven Khouri lo miraba con veneración. «Es un intelectual», me explicaba. Sociable y divertido, el intelectual se pasaba horas contándonos chistes. También nos enseñaba una fotografía: una mujer mayor de aspecto agradable bajo una sombrilla. «Es mi novia», aclaraba. «Vive en California y lleva quince años esperándome. Esperará otros quince y se morirá. Pero la muerte no es terrible. Sólo hay que estar suficientemente cansado.» Y soltaba una carcajada. Aquella risa me daba escalofríos. El intelectual se emborrachaba a escondidas, nunca en la terraza. Sostenía que beber en público era una muestra de mala educación. Se levantaba en medio de una conversación, se metía en su cuarto y vaciaba de un trago el contenido de una botella. Luego oíamos el ruido sordo de un cuerpo desplomándose sobre el suelo; nunca le daba tiempo de llegar hasta la cama.

El intelectual, cuando no escribía cartas para Khouri, se enzarzaba en largas disputas con Napoleón. Era éste un hombrecillo menudo, dotado de una pequeña redondez: la barriga. «Echo de menos mi casa», solía decir, «cuánto la echo de menos.» Pero no hacía ningún esfuerzo por marcharse. Recorría la terraza con paso de desfile, de punta a punta. Sacaba un espejo y contaba sus arrugas. «Tengo sesenta años, y, sin embargo, ¡ya veis lo joven y fuerte que me mantengo! Puedo caminar durante horas sin una pizca de cansancio. ¿Qué edad me echaríais, eh?» Papá le

contestaba: «Unos veinte.» «¿No os lo decía yo?», y celebraba su triunfo tensando los músculos hasta tal punto que las sienes se le cubrían de venas abultadas. Creo que estaba chalado. Finalmente, un buen día se marchó. Sus pasos marciales dejaron de sonar. Todo se volvió más silencioso.

Iluminada por varias bombillas de poca potencia, nuestra terraza se veía desde la calle. A la débil luz se podían divisar desde abajo unas sombras moviéndose sobre la balsa, sombras que no pertenecían a nadie. Su muda pantomima, su danza lenta, se desenvolvía en pleno corazón de Kokompe. Sin embargo, el barrio –negro por excelencia– las ignoraba por completo. Kokompe tenía su propia vida, ajena e inaccesible para el Metropole. En opinión del barrio, las sombras de la balsa pertenecían a otro mundo, al territorio poblado por los bungalows de los representantes blancos de la administración y el comercio: al barrio de Cantonments. «¡Ésa es vuestra familia!», decía Kokompe mientras nutridos grupos de sus habitantes pasaban indiferentes junto al hotel.

Pero las sombras tampoco existían a los ojos de Cantonments. ¡Hasta ahí podíamos llegar! El barrio de Cantonments les volvía la espalda con desprecio y vergüenza. La balsa constituía una deshonra que Cantonments, ese burócrata europeo y esnob, ese burgués rico y de buenos modales, prefería ignorar.

Así, la balsa no quedaba amarrada a ninguna barcaza: las sombras existían por y para sí mismas. Podían multiplicarse o desaparecer; no tenía importancia. «¿Y qué es lo importante?», preguntaba el tío Wally, pero nunca le contestó nadie.